

rar á los ríos, cuyos desbordamientos fecundan y cuyas poderosas olas arrastran á los hombres hacia el mar.

«Yo tuve parte en su muerte», repetía á menudo el feroz Billaud-Varenes en los remordimientos de sus últimos días. «Contribuí á ella con un odio terrible. La desgracia de las revoluciones consiste en que obligan á obrar demasiado deprisa. Se trabaja en plena y violenta fiebre, por temor de ver los proyectos abortados... Dantón y sus amigos eran patriotas invencibles en la tribuna y en la acción pública, y nosotros les hemos degollado!»—«Dantón fué un portento de valor y de recursos en el noventa y dos y noventa y tres; á él se debió el diez de Agosto; no quiso nominativamente el poder... ¡Qué de calma y de fecunda y poderosa actividad no tenía aquel hombre en las circunstancias difíciles! ¡Qué amplitud de espíritu! ¡Qué facilidad!»—«Tengo, concluía Billaud, la íntima convicción de que el diez y ocho de Brumario no habría sido posible si Dantón, Robespierre y Camilo hubiesen quedado unidos al pie de la tribunal!»



## CAPÍTULO NOVENO

Campana de primavera del noventa y cuatro



AMÁS utopista concibiera un socialismo tan cerrado, tan absoluto, como el que puso en práctica el Comité de Salvación pública. En lo moral, hemos visto que mandaba á la guillotina al que se permitía disentir de su parecer; en lo material, arrebatava los hijos á sus padres, los maridos á sus esposas y á los productores las cosechas, para amontonar en las fronteras todas las energías y los recursos todos de la nación. El individuo era sacrificado por completo al Estado. Con semejante sistema, nada tiene de extraño que, en la primavera del noventa y cuatro, Francia tuviera erizadas de bayonetas todas sus fronteras, y se hallase dispuesta á recuperar unos cuantos puntos extremos de su territorio, todavía invadido, y llevar la guerra en el de los invasores. La leva en masa, de la que solamente habían tomado parte en la campaña del noventa y tres los primeros batallones, había dado quinientos mil hombres bien armados, y se hallaban disponibles un millón de fusiles, siete mil cañones y doce millones de libras de pólvora. Aún no se han borrado de la memoria de los franceses los catorce ejércitos de la República, trece de ellos bien cabales, y compuesto el catorce de algunos destacamentos que ocupaban el alto Rhin. Francia consagraba á la guerra toda su riqueza, todos sus hombres, toda su vida. Con razón decían los aliados asustados que tenían delante no un ejército, sino «una nación entera,» armada y disciplinada. Merced al prodigioso esfuerzo de Saint-André, también las fuerzas navales de la República habían aumentado considerablemente, contándose veintiocho navios de

CAPITULO ALFONSO  
BIBLIOTECA

línea en Brest, diez en Tolón y nueve diseminados en varios puertos, lo que hace un total de cuarenta y siete. Claro es que esto no era nada comparado con el poder de Inglaterra, que tenía ochenta buques en la mar y podía poner á la vela hasta ciento, sin contar con las flotas de sus aliados España y Holanda, compuesta la una de cuarenta navíos y la otra de veinte; pero si se tiene en cuenta que estas enormes masas no estaban reunidas y que Inglaterra tenía en los mares muchísimos puntos que defender, podía la República, abandonando por el momento el Mediterráneo á su rival, sostener la lucha con honor en el Océano.

Lo que más favorecía á Francia era la falta de sinceridad entre los aliados. Rusia estaba dispuesta á combatir á la Convención con la diplomacia, de ningún modo con las armas. Las guerras de la Revolución habíanle dado á este Imperio el primer puesto entre las potencias continentales. Austria y Prusia se disputaban á porfía su favor; Inglaterra había sido vista forzada á entrar en su alianza; los reyes de España y de Cerdeña, los príncipes del imperio alemán y los emigrados franceses comenzaban á mirarlo como el último asilo de la legitimidad. Gobernábalo una buena cabeza, aunque de mujer, la astuta emperatriz Catalina II, que había sabido aprovecharse de esta situación para realizar uno de sus sueños dorados, la conquista de Polonia, de la que había incorporado á sus dominios cerca de la mitad y el resto le estaba sometido por el tratado de diez y ocho de Octubre, sintiendo en el alma la pérdida de la provincia, pequeña, pero hermosa, que había tenido que ceder á Prusia. Su ambición no estaba con esto satisfecha. Anciana de sesenta años, con una enfermedad que se iba agravando sin cesar y le hacía pensar en lo cercano de su muerte, lejos de abatirse, mostrábase cada día más resuelta á continuar la realización de sus proyectos, la guerra contra Turquía, interrumpida hacía tres años hasta señorearse de Constantinopla. Érale necesario, al efecto, asegurarse el concurso de Inglaterra, única potencia que podía cerrar á los franceses el paso del Mediterraneo, y por esto recibió con gran regocijo la noticia de que los turcos respondían á las excitaciones de los enviados franceses, Muratgea y Descorches, para concluir una alianza con la Convención y atacar al imperio de Austria; porque, de ser esto cierto, estaba segura de que Inglaterra dejaría de proteger al Sultán. Inmediatamente ordenó llevar á cabo formidables armamentos. Pero los turcos no llegaron á vías de hecho. El ardor belicoso que en ellos había encendido Descorches se fué entibiando á medida que vieron acercarse el peligro, y todo se redujo á que el Sultán dispusiese el equipo de un ejército de ciento veinte mil hombres, mas no con ánimos de tomar la ofensiva, sino para que no le sorprendiese su temible adversario. Este cambio tardaron en advertirlo los de San Petersburgo, y por esto seguía diciendo Markoff: «Turquía no nos atacará, pero atacará al Emperador, y entonces sabrá lo que cuesta ofender á nuestros aliados.» En tanto, Catalina continuaba con Inglaterra sus negociaciones de alianza, las cuales tropezaban siempre en el mismo escollo, en la petición por parte del go-

bierno inglés de un cuerpo de tropas para la guerra contra Francia, á lo que la emperatriz nunca quiso acceder, inquebrantable en su sistema de combatir á los jacobinos por la diplomacia, no por las armas. Mas tampoco en esto era consecuente, porque al tiempo que empujaba á Prusia á la guerra contra la Revolución, estaba de acuerdo con Austria para seguir una línea de conducta opuesta. Al cabo, en vísperas de abrirse la campaña contra Francia, atropelló por todo. Hizo que se celebrase en San Petersburgo un gran Consejo de ministros, en el que se decidió, por complacerla, la guerra contra Turquía, bajo el plan de poner las provincias fronterizas en estado de defensa mediante cuerpos de tropa considerables, y dar con la flota el golpe decisivo sobre Constantinopla, contando con que, herido en el corazón el imperio de los Osmanlis, sería fácil someter el resto. Pero un suceso inesperado, la insurrección de Polonia, dió al traste con los proyectos de Catalina. De todo lo cual se desprende claramente que Rusia deseaba la guerra contra la Revolución y alentaba á ella, pero sólo en cuanto le proporcionaba ocasión de realizar su proyecto de conquistar el Imperio turco.

Los gabinetes de Viena y de Berlin atendían más á su rivalidad que á la guerra contra los jacobinos. Su situación, además, no era nada próspera. El Austria se hallaba exhausta de recursos, desgarrada interiormente por los odios de partido y amenazada en lo exterior por peligros siempre crecientes. El emperador Francisco II, solicitado por consejos contradictorios, desconfiando de sí mismo y de los demás, de discernimiento escaso y flaco de voluntad, no tomaba ninguna resolución. Deseaba con vehemencia continuar la guerra con los franceses hasta arrebatarles una gran provincia, y rechazaba con tenacidad todo consejo de paz; pero se hallaba perplejo acerca de los medios que debían emplear para conseguir su fin. Pasaba los días en conferencias, sin llegar á formarse una idea exacta de la situación. Cuando se fatigaba de este trabajo, reincidía en su habitual aburrimiento, del que no tenían virtud para sacarle ni las ciencias ni las artes, que no comprendía. La Emperatriz, instruída y discreta, apelaba para entretenerle, á juegos pueriles, á diversiones caseras, á farsas y bufonadas. Al conde Colloredo acababa de suceder en el real valimiento Rollin, el cual se había reservado la dirección de los asuntos militares, abandonando todo lo relativo á la diplomacia á su íntimo Thugut, amigo decidido de Rusia cuanto tenaz adversario de Prusia. En Diciembre del noventa y tres, Thugut envió á la emperatriz Catalina una carta muy precisa, exponiéndole todo su plan, consistente en tomar parte activa en la guerra contra Francia, por ser esto necesario para conservar la amistad de Rusia y de Inglaterra, pero reservándose, caso de triunfo, cinco provincias francesas, Flandes, Artois, Picardía, Lorena y Alsacia, y asegurándose de antemano, para el caso de una derrota, Venecia y las provincias turcas limítrofes del Austria. De buen grado Thugut habría prescindido del concurso de Prusia, si el Austria hubiese podido suplir su falta poniendo en pie de guerra las fuerzas necesarias, y pensando así, claro

es que en modo alguno estaba dispuesto á comprar aquel concurso al precio de los subsidios que pedía el gabinete de Berlín, al que miraba cada vez con mayor aversión. No dejaba de participar de este desafecto el Emperador, quien, en el acto de recibir al embajador prusiano, Lucchesini, dijo: «Te aseguro que depongo todo género de rivalidad respecto de Prusia; cuando la tranquilidad se haya restablecido, cada cual podrá hacer lo que quiera; mas, por ahora, debemos estar unidos.» Pero Thugut llegaba al extremo de desear un rompimiento con Prusia. «En verdad, se dejó decir, sería de desear que Prusia, por un acto cualquiera de hostilidad, nos suministrase pretexto para hacer entrar á esta pérfida potencia en sus justos límites.» Es evidente que este deseo de prevenirse contra la hostilidad de Prusia ó de atacarla de concierto con Rusia, era incompatible con un ardiente celo por la guerra contra la Convención. Y sin embargo, lejos de pensar en este punto como su ministro, Francisco II, merced á la influencia de Colloredo, mostrábase cada día más partidario de hacer la guerra á los jacobinos. Por esto, cuando llegó á sus manos la petición que desde Bélgica le dirigiera el conde Mercy, de que fuese á tomar en persona el supremo mando de los ejércitos aliados, acogió con júbilo la idea, que le proporcionaba distracciones, las peripecias de un viaje, la vista de países desconocidos y, probablemente, ricos laureles. El Austria, pues, entraba en la guerra, pero sin entusiasmo, sin olvidar su rivalidad con Prusia y sus intereses en Polonia y Turquía.

Con menos decisión aún entraba Prusia. Ciertamente Felipe Guillermo II ardía en deseos de combatir á los jacobinos; pero nadie á su alrededor participaba de los mismos sentimientos. A excepción de Haugwitz, que no condenaba la guerra en absoluto; todos los demás ministros se desesperaban de oír hablar siempre al rey de la próxima campaña en el Rhin ó en Bélgica, y apoyaban la opinión de los ministros, en la intimidad misma del monarca, Lucchesini y Manstein, y desde el punto de vista en que se colocaban los consejeros, tenían estos razón. Continuar la guerra con Francia y no tratar de reconciliarse con Austria era una contradicción cuyas peligrosas consecuencias difícilmente Prusia podría soportar. Una de dos: ó renunciaba á cosechar laureles á costa de Francia, ó se aceptaba todo género de sacrificios para reanudar la alianza con el Imperio. Pero Federico Guillermo II no poseía bastante fuerza de espíritu para someterse á la realidad; ni quería ceder á las exigencias de Austria, ni quería renunciar á la guerra, lo que era una locura. Mientras persistiese en esta disposición, no había de serle difícil á Manstein combatir los reales propósitos. Porque era evidente que, después de la rotura con Austria, todos los intereses de la monarquía prusiana demandaban imperiosamente la paz: dentro, el malestar de la hacienda y la postración de las provincias; fuera, la poca confianza que inspiraba Catalina y la enemistad no disimulada de Thugut. Pero había otro punto de vista más alto, que no debía escaparse á un ojo previsor. Los grandes armamentos del Comité de Salvación pública no podían menos de hacer columbrar á un político perspicaz los peligros que

el imperio militar que se preparaba podría suscitar á Europa, y en provisión de esto, lo que en circunstancias ordinarias habría sido una locura, era ahora un acto de sabiduría, esto es, ceder á las exigencias de Austria, por duras que fuesen, para cerrar el camino á Jena y Tilsitt. Solamente contados políticos ingleses y emigrados franceses vieron esto; ni en Prusia ni en Austria se encuentra rastro alguno de previsión semejante, por parte de los que intervenían en el gobierno.

Los bélicos deseos de Federico Guillermo II tropezaban todavía con otro inconveniente: la falta de recursos. Su entusiasmo no le cegaba hasta el punto de ver que la guerra no puede hacerse sin dinero. Cuando se dedicó á pedirlo, sus ministros exageraron la suma de que se necesitaba, al intento de aumentar las dificultades de hallarla, fijándola, para un ejército de cien mil hombres, en veintidós millones de *talers*; de los cuales el Austria daría tres, Inglaterra nueve y diez Alemania. Pero el Gabinete de Viena se negó á satisfacer no solamente esta cantidad, más también la de cuatrocientas mil libras esterlinas que se le señalaron en el tratado que el doce de Febrero aceptó Federico Guillermo II, por mediación del embajador inglés Malmesbury. Entonces, el Ministerio Pitt se decidió á tratar por su exclusiva cuenta con el rey de Prusia, conviniéndose en que éste pondría en pie de guerra un ejército de sesenta y dos mil hombres y el otro le pagaría mensualmente la suma de ochenta y siete mil libras, con la cláusula de que el ejército debería estar dispuesto á entrar en campaña un mes después del primer pago, ó sea, hacia fines de Mayo, y que los países que se conquistasen quedarían á disposición de las potencias marítimas. Juzgando por el curso de los sucesos, Malmesbury no dudaba de que el teatro principal de la campaña sería Bélgica, al paso que Federico Guillermo se regocijaba con la idea de que la guerra se llevaría hacia el Rhin. Esta divergencia había de traer consecuencias graves cuando llegase el momento de obrar. Pero era todavía peor el tenaz empeño de Manstein en entibiar el ardor belicoso de su rey, que á todo trance quería ir á ponerse al frente de las tropas. El seis de Abril, decía Manstein en carta á Hauwitz, que el rey estaba pronto á partir para el ejército y que sólo á regañadientes había accedido á un aplazamiento de ocho días, y el diez del propio mes le escribía, que había perdido toda esperanza de disuadir á Federico Guillermo de su viaje al Occidente: «Que el Señor sea con usted y le dirija, querido Hauwitz, concluía la carta; nos oírás si le somos fieles; coloquemos, pues, en Él toda nuestra confianza; con su ayuda podremos desafiar los acontecimientos.» Y en efecto, Dios les oyó; la insurrección de Polonia cerró al monarca prusiano el camino del Rhin. Razón tenía Lucchesini para afirmar en la *Memoria* que desde Viena dirigiera con este motivo á su Gobierno, que «le era preciso á Prusia armarse, tomar una actitud enérgica y ponerse en situación de defender su influencia, tal vez hasta su independencia política, contra la rivalidad de las dos Cortes imperiales.» Inmediatamente se dieron las órdenes para movilizar sesenta y cuatro batallones y ocho mil quinientos caba-